

Jesús hace bien todas las cosas Marcos 7:31-37

Introducción

La semana pasada encontramos a Jesús viajando a la zona gentil de Tiro y Sidón, donde una mujer se acercó a Jesús rogándole que expulsara un demonio de su hija. Un detalle importante sobre esta mujer es que era gentil, sirofenicia, lo que significaba que, a los ojos de los fariseos, era impura y que cualquier judío que entrara en contacto con ella quedaría igualmente impuro.

Pero Jesús no compartía la opinión de los fariseos. Sabía que no son las cosas externas las que hacen impura a una persona, sino lo que hay en su corazón. Así que, en lugar de evitar a la mujer, Jesús se comprometió con ella.

Y lo que le quedó claro es que ella venía a Él con un corazón lleno de fe y confianza en Él. No dudaba de la capacidad de Jesús para curar a su hija. Y creía plenamente que Su amor y Su misericordia eran lo suficientemente amplios como para incluirla a ella, una gentil.

Jesús quedó tan impresionado por su fe persistente que respondió expulsando al demonio de su hija. Ella, una gentil, recibió un anticipo de las bendiciones y promesas que ahora se nos ofrecen a todos a través de la fe en Cristo.

Desde la zona de Tiro y Sidón, Jesús viaja ahora a la Decápolis. Marcos escribe:

Luego volvió de la región de Tiro y pasó por Sidón hasta el mar de Galilea, en la región de la Decápolis. (Marcos 7:31)

[La Decápolis era una zona predominantemente gentil al este del mar de Galilea. Sabemos, por haber visto ya Marcos 5, que Jesús había visitado anteriormente la Decápolis, expulsando la legión de demonios de un hombre que vivía entre las tumbas. En esta visita, sin embargo, leemos acerca de un hombre con una necesidad física.

El problema del hombre

El problema físico

Le trajeron a un hombre sordo y con dificultades para hablar... (Marcos 7:32a, RVR1995).

El hecho de que el hombre tuviera dificultades para hablar sugiere que probablemente nació con la capacidad de oír. Si hubiera nacido sordo, es mucho más probable que también hubiera sido mudo, ya que no habría recibido la información auditiva crucial para el desarrollo del lenguaje.

Pero, al parecer, había estado sordo durante algún tiempo, porque había perdido la capacidad de hablar con claridad debido a la falta de retroalimentación auditiva. ¿Cómo le afectó eso?

Piensa en todas las habilidades que tienes: ¿cuáles son las más importantes para establecer conexiones profundas y significativas con los demás? Oír y hablar tendrían que estar entre las primeras, ¿verdad?

Sería extremadamente difícil, en el mejor de los casos, entablar conversaciones, compartir pensamientos y emociones y relacionarse con los demás de forma significativa si no se tuviera la capacidad de oír o hablar.

Imagínese el profundo sentimiento de frustración, aislamiento y soledad que debió de sentir este hombre por su incapacidad para oír o hablar.

El problema de la percepción

Además de su problema físico, este hombre tenía otro problema. También tenía que lidiar con la percepción que la gente tenía de él. Esto es lo que quiero decir.

En la época de Jesús, la opinión predominante era que donde había sufrimiento o enfermedad, había pecado personal. Eso era lo que enseñaban los rabinos. Algunos incluso enseñaban que una persona podía pecar prenatalmente.

Por eso surge una pregunta de los discípulos como la que hacen en Juan 9.

¹ Al pasar [Jesús], vio a un ciego de nacimiento. ² Sus discípulos le preguntaron: "Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?". (Juan 9: 1-2)

Me pregunto cuántas veces habrá oído este hombre esa pregunta mientras pasaban rabinos con sus discípulos, o padres con sus hijos. (¡No creas que no las oyó!)

¿Cuántas veces le habían tratado como mero objeto de sus discusiones teológicas? (La gente no hablaba *con* él; *hablaba de* él).

¿Cuántas veces había oído que sólo se consideraban dos opciones posibles para su sufrimiento: o él había pecado, o lo habían hecho sus padres?

El problema de percepción era casi tan grande como el problema físico porque, ya fueras el ciego o sus padres, vivías con el sentimiento constante de rechazo, juicio y condena. Vivías con la sensación de que Dios no estaba a tu favor, sino en tu contra, castigándote por algún pecado que desconocías.

Así que, cuando oyó que los discípulos le hacían la pregunta a Jesús, me imagino al ciego pensando para sí: "Bien, ¿cuál va a ser esta vez: yo o mis padres?". No había forma de que hubiera podido anticipar la respuesta que dio Jesús.

Jesús respondió: "No es que éste pecara, ni sus padres..." (Juan 9: 3a).

"¡Qué! ¡Mi ceguera no es culpa mía! ¡No es culpa de mis padres! No es por un pecado personal!". "¡No!", insistió Jesús.

Nos resultaría mucho más fácil comprender y explicar la enfermedad y el sufrimiento, e incluso aceptarlos, si fueran siempre consecuencia directa del pecado. Pero no es así. Pensemos en Job, a quien Dios describió como "intachable y recto" (Job 1:8).

Sin embargo, en un solo día, perdió todos sus rebaños y manadas a manos de los asaltantes del desierto, y luego sus diez hijos murieron en una extraña tormenta. Poco después, todo el cuerpo de Job se cubrió de dolorosas llagas.

Los amigos de Job vinieron a compadecerse de él. Se sentaron con él en total silencio durante siete días antes de decir una sola palabra. Y hubiera sido mejor que permanecieran en

silencio, porque cuando hablaron, trataron de convencer a Job de que la razón por la que estaba sufriendo tanto es que había un pecado oculto en su vida. "Humíllate y confiesa tu pecado", le dijeron, "y tal vez Dios te cure y te devuelva la fortuna".

De lo que no se dieron cuenta es de que no todo sufrimiento es consecuencia del pecado. El pecado no tuvo nada que ver con los sufrimientos de Job. Demasiadas veces he oído a alguien sugerir a otra persona que su sufrimiento o su enfermedad se deben a algún pecado no confesado en su vida.

Ahora, no estoy diciendo que el sufrimiento y la enfermedad nunca son el resultado del pecado. Hay veces que lo son. Pero si es así, Dios te revelará el pecado si se lo pides, y luego te invitará a confesar ese pecado.

Ni éste ni sus padres pecaron", dijo Jesús. Con esto disipó la opinión predominante sobre la causa del sufrimiento. Ahora que Jesús tenía la atención del ciego, Jesús continuó: "Nació ciego, no por pecado personal..."

...sino para que las obras de Dios se manifiesten en él. (Juan 9:3b)

En otras palabras, para que Dios sea glorificado en él. ¡Vaya! ¿Te imaginas como el ciego? Con estas palabras Jesús dio sentido a la vida de aquel hombre.

Las dificultades que había soportado, el rechazo al que se había enfrentado, el dolor que había sentido... tenían un propósito. Tenían un significado. Este hombre era un recipiente preparado. Nació ciego por designio de Dios y para los propósitos de Dios.

Moisés estaba tratando de descalificarse a sí mismo del servicio del Señor debido a algún impedimento del habla, el Señor enderezó a Moisés.

Entonces el SEÑOR LE dijo: "¿Quién ha hecho la boca del hombre? ¿Quién lo hace mudo, sordo, vidente o ciego? ¿No soy yo, el SEÑOR? (Éxodo 4:11)

Incluso antes de que naciera el ciego, Dios había planeado que un día, mientras estaba sentado fuera de los atrios del templo mendigando, Jesús pasaría y manifestaría Su gloria tocando sus ojos y sanándolo.

¡Qué grande es eso! Este hombre ya no se veía a sí mismo como rechazado y condenado por Dios. Por el contrario, era un instrumento especialmente preparado a través del cual Dios revelaría su gloria.

Creo que todos afrontaríamos mejor el sufrimiento si tuviéramos un sentido más profundo de que Dios a menudo trae el sufrimiento a nuestras vidas no para hacernos menos eficaces para Su reino, sino más eficaces.

Es posible que los gentiles que vivían en la Decápolis nunca hubieran oído las enseñanzas de los fariseos sobre la relación entre el pecado y el sufrimiento. Pero como casi todas las religiones tratan de explicar el sufrimiento en términos de ofender de alguna manera a una deidad, incluso ellos habrían visto a este hombre sordo con un impedimento del habla de la misma manera que un judío: estaba sufriendo merecidamente por sus pecados.

La petición del pueblo

Y el hombre probablemente sentía lo mismo. Y si sentía que estaba siendo justamente castigado por algún pecado, probablemente no tenía muchas esperanzas de que Jesús lo recibiera, y mucho menos de que lo sanara.

Podía haberse negado a que lo llevaran a Jesús, pero "ellos", quienesquiera que fueran, insistieron. Creían plenamente que Jesús podía curar al hombre. Así que lo llevaron a Jesús y...

...le rogaron que pusiera su mano sobre él. (Marcos 7:32b)

Su petición es un gran ejemplo de oración de intercesión. Se acercaban a Jesús y le suplicaban encarecidamente en nombre de otra persona. Sus voces se convirtieron en la voz del hombre, expresando su deseo de verle recuperado.

Uno de los mayores ministerios en los que puedes participar es el de elevar las necesidades de los demás ante Dios en oración de intercesión, diciendo: "¿Puedo rezar por ti ahora mismo? ¿Puedo ir contigo ante el Señor y hacerle una petición en tu nombre?"

Y si, en tu propio momento de necesidad, te encuentras con poca fe, pídemelo a mí, a un Anciano o a un amigo cristiano que interceda por ti. Es un privilegio rezar unos por otros. [Oración por Raquel]

La respuesta de Jesús

¿Cómo respondió Jesús a esta petición?

³³ Y apartándole en privado de la multitud, le metió los dedos en los oídos y, después de escupir, le tocó la lengua. ³⁴ Y mirando al cielo, suspiró y le dijo: "Ephphatha", es decir, "Ábrete". (Marcos 7: 33-34)

Hay varias cosas que vemos aquí sobre la manera de curar de Jesús.

En privado

Jesús lo llevó "aparte de la multitud, en privado". No vio al hombre como un caso; no lo vio como uno entre muchos. Lo vio como un individuo digno de dignidad.

Quería relacionarse con él personalmente, íntimamente. [Ejemplo de una persona importante que te habla en medio de una multitud en lugar de llevarte a una habitación lateral].

Vicariamente

¿Recuerdas la historia que contó Marcos de la mujer con el flujo de sangre que creía que si sólo podía tocar el borde del manto de Jesús, quedaría curada? Y eso es exactamente lo que ocurrió.

Bien, en esa historia leemos que Jesús percibió que el poder había salido de él. Y la mujer percibió que la enfermedad la había abandonado. Hubo un intercambio.

Al tocar al hombre, Jesús estaba indicando un intercambio similar. Estaba cambiando la debilidad del hombre por Su poder; el quebrantamiento del hombre por Su integridad.

Cuando venimos a Jesús por fe, Él hace lo mismo por nosotros. Él hace un intercambio. Él cura nuestra enfermedad del pecado y nos concede en su lugar Su justicia. Isaías escribe:

⁴ Ciertamente él cargó con nuestro dolor y soportó nuestro sufrimiento, y sin embargo lo consideramos castigado por Dios, azotado por él y afligido. ⁵ Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. (Isaías 53:4-5, NVI)

Con empatía

Jesús "suspiró". ¿Qué había en este suspiro? Creo que varias cosas.

- En primer lugar, el suspiro de Jesús brotaba de una profunda compasión y empatía por este hombre. A lo largo de los Evangelios, Jesús es retratado como alguien que se preocupa intensamente y quiere ayudar a los que sufren y están afligidos.
- En segundo lugar, el suspiro de Jesús expresaba su dolor por los efectos de largo alcance del pecado en el mundo. Todo quebrantamiento, toda enfermedad y dolencia, todo conflicto y guerra, toda muerte y destrucción, se remontan al pecado original.
- Por último, creo que el suspiro de Jesús provenía de sentir cada vez más el peso de la cruz que, Él sabía, era el único medio de Dios por el cual la maldición del pecado sería destruida y toda la creación de Dios sería restaurada a su perfección original. Leemos que entonces...

Enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron". (Apocalipsis 21:4)

Hay veces que suspiro, añorando ese día. Probablemente tú también.

De forma concisa y desenfadada

Jesús rezó a su Padre una oración de una sola palabra: "Ephphatha", que significa "ábrete".

Los fariseos rezaban sobre todo en hebreo, la lengua de los religiosos y de la élite. Pero la oración de Jesús era en arameo, la lengua de la gente común de aquella zona. Las oraciones de Jesús no sonaban altaneras. No le hablaba a Dios de manera diferente a como le hablaba a la gente.

Algunas personas dicen que no saben rezar; no saben hablar con Dios. Habla con Dios como hablas con tu amigo. Las oraciones no tienen que ser rebuscadas. Las oraciones sencillas que salen del corazón son las que mueven la mano de Dios.

¿Cuál fue el resultado de la sencilla oración de Jesús?

Y se le abrieron los oídos [al hombre], se le soltó la lengua y habló claramente. (Marcos 7:35, RVR)

Una vez más Jesús demostró Su poder, Su amor, Su misericordia, Su gracia hacia un gentil que vino a Él por fe, por pequeña que fuera. Después de curar al hombre, Jesús volvió a hacer esa sorprendente petición que tanto nos sorprende.

La respuesta del pueblo

Y Jesús les mandó que no se lo dijeran a nadie.... (Marcos 7:36a)

¿Por qué no decírselo a nadie? Bueno, milagros como este tienen una manera de atraer grandes multitudes de personas con una gran variedad de enfermedades, dolencias y achaques. Y aunque Jesús sanó a mucha gente para demostrar su autoridad sobre estas cosas, no vino principalmente a darnos nuestra mejor vida ahora atendiendo todas nuestras necesidades físicas y materiales.

Su misión principal era abordar nuestra necesidad espiritual enseñando sobre el Reino de Dios y ofreciendo la salvación a través de la fe en Él. Por lo tanto, quería que la atención se centrara más en su mensaje que en sus milagros. "Así que no se lo digáis a nadie". No funcionó.

...Pero cuanto más les acusaba, con más celo lo proclamaban.³⁷ Y se asombraban sobremanera, diciendo: "Todo lo ha hecho bien. Hasta hace oír a los sordos y hablar a los mudos". (Marcos 7: 36b-37)

Fueran o no conscientes de ello, estos gentiles estaban asignando a Jesús las obras del Mesías. Isaías escribió sobre la venida del Mesías, diciendo,

⁵ Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y se destaparán los oídos de los sordos;⁶ entonces el cojo saltará como un ciervo y la lengua del mudo cantará de alegría... (Isaías 35:5-6a, ESV)

Conclusión

Asombrada, la gente decía de Jesús: "Todo lo ha hecho bien". Esto me recuerda el primer capítulo del Génesis, donde leemos que Dios, el Creador, miró todo lo que había hecho y lo declaró "muy bueno" (Génesis 1:31).

Pero esa "muy buena" creación fue quebrantada por el pecado, cuyos efectos fueron profundamente sentidos por este hombre, y son profundamente sentidos por nosotros: físicamente, sí, pero sobre todo espiritualmente. Nuestro pecado nos ha separado de Dios.

Sin embargo, hay esperanza, porque "todo lo ha hecho bien". A través de Su muerte en la cruz, Jesús ha derrotado al pecado. Y al igual que aquel hombre a quien se le restauró completamente el oído y el habla, Jesús ha restaurado nuestra relación con Dios a través de la fe en Él. Pablo escribe:

¹⁷ Por tanto, si alguno está en Cristo, nueva criatura es. Lo viejo ha pasado; he aquí que ha llegado lo nuevo. ¹⁸ Todo esto proviene de Dios, que nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo... (2 Corintios 5:17-18a, RVR1995)

Y unos versículos más adelante leemos:

Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él. (2 Corintios 5:21)